

## ELLA

Nuria Díaz Fernández. 2º ESO.

Era una mañana como cualquier otra, pero, al llegar a casa, aún antes de entrar, supo que ya estaba esperándole.

“¿Dónde estabas?” - le preguntó.

“Estaba hablando con Alex” -, respondió.

Plaf.

“¿Cuántas veces te he dicho que no le hables a ese imbécil?!” –

“¡No es imbécil! Es mi amigo, te guste o no”. –

Plaf.

-“Pero...” -

Plaf.

“Entra dentro y ponte a hacer la comida. Haz algo útil aparte de llorar”. –

Benilda entró en casa, seguida por el empujón de su marido. Empezó a cocinar. La comida debía estar hecha en diez minutos. Era una mujer fuerte, incluso su propio nombre lo decía. Benilda, mujer luchadora. Pero aún así no soportaba ver cómo ella estaba todo el día atareada, mientras su marido se tumbaba en el sofá y se dedicaba a ver la televisión. Todavía no sabía qué pensamiento se le había pasado por la cabeza el día en que decidió casarse con él. Ni siquiera el que se le pasó el día que se enamoró. Desde el día de su boda estaba atada a él, de una manera que le hacía sentir inferior. Era despreciada, humillada, rechazada...

“¡Mujer!” - le gritó su marido desde el salón. – “¿No puedes ir más rápido? ¡Llevo sin comer desde el desayuno!” -

“Ya voy... Ya termino...” - respondió Benilda.

Más tarde, una vez hubo recogido los platos, barrido las habitaciones, cambiado las sábanas, cosa que le había llevado toda la tarde, llegó la noche. Benilda fue a tumbarse en la cama, pero notó un dolor agudo en la espalda cuando su marido interpuso el pie entre ella y el colchón.

“¿Qué haces? ¿Piensas que voy a dejar que duermas aquí? Túmbate en el suelo al lado de la puerta, y da gracias a que no te mando al jardín. Al menos allí estarías con los de tu especie. ¡Ah!, y cómo me tropiece por tu culpa al salir de la habitación, da por hecho que te echaré de casa.” –

Al día siguiente, Benilda estaba vistiéndose frente al espejo. Tenía la cara marchita, llena de ojeras. Había pasado toda la noche en vela. Cuando la puerta se abrió, vio a Noah.

“Vas a romper mi espejo” - Benilda le miró asustada y con expresión culpable.

“No lo he tocado” - dijo, intentando arreglar las cosas.

"No hace falta que lo toques. Basta con que te reflejes ahí para que se rompa en pedazos." - dijo Noah. Los ojos de Benilda se llenaron de lágrimas.

"¿Pero de verdad no te ves?" - preguntó Noah. Benilda bajó la mirada...

"Deberías sentir vergüenza y ponerte a dieta. Cualquiera que mirase por la ventana podría confundirte con un gorila. Y no me gustaría que piensen que estoy casado con un simio. Aunque solo te falta la cara para ser un animal." -

"No...Soy...Un...Animal..." - murmuró Benilda intentando contener las lágrimas.- Soy...guapa. - Noah estalló en una carcajada.

"A ver si ahora aparte de estar gorda vas a estar ciega. No me imagino a un gorila con gafas. Ahora haz el favor de vestirte, me estás dañando los ojos". - Noah se marchó. Benilda estalló en lágrimas y se apoyó en la mesa, incapaz de controlar su llanto.

"Ayuda..." - gimió. - "No puedo más..." -

Minutos después, la puerta volvió a abrirse.

"¿Todavía sigues aquí?! Baja ahora mismo. ¡Tienes!;Que!;Planchar!;Mi ropa!" - acompañaba cada palabra con un puñetazo, con una patada...con un golpe.

Benilda consiguió librarse de Noah, y gateó hasta la escalera, llorando desconsoladamente. ¡PUM! Benilda ni siquiera tuvo tiempo de ponerse en pie. El empujón de su marido la hizo salir rodando por las escaleras y darse contra la maceta que había a los pies. Su frente sangraba. Noah pasó por encima de ella, pisoteando sus manos, pies, y cara.

"¡Aaaahhhh!" - gritó Benilda.

"¡Como no te levantes ya, te plancho entera de arriba abajo!" - gritó Noah desde el sofá.

Benilda se levantó sin fuerzas, y empezó a planchar el montón de camisas de su marido. Mientras, pensaba las posibles formas de que todo esto acabase, y cada una le parecía más ridícula que la anterior. Sabía que él le ganaría. Pero ella no quería perder. No era una perdedora. Podía ganar.

Y así pasaron los días. Benilda soportaba el maltrato diario de su marido, pero cada vez con menos fuerzas. Reflexionó, reflexionó y reflexionó, intentando encontrar una solución. Por fin se dio cuenta de que debía plantarle cara. No podía permitir que se le tratase como algo inferior, como basura. Ella merecía respeto, amor, dignidad. Por eso decidió esperarle fuera. Poco a poco iba escuchando sus pasos cada vez más cerca. Sabía que llegaba el momento. Debía plantarle cara y hacerle saber que ella era fuerte. Porque lo era. En esos momentos le hubiese gustado tener una fuerte armadura sobre ella, para así poder resistir a los golpes que, seguramente, estaban por venir. Pero no la tenía, por eso ella misma tenía que ser su propia defensa, su propia fortaleza. Ahora mismo, todas sus esperanzas estaban puestas en sus palabras, en lo que ella consiguiese decir. Las palabras eran sus armas, capaces de herir, pero también capaces de ser destruidas y, con ellas, la propia Benilda. Le escuchó doblar la esquina. Ya pronto estaría allí.

"¿Me estás esperando?" - preguntó Noah.

"Te espero, pero no por esperarte. Debo decirte algo, algo de lo que ahora me siento capaz, porque soy fuerte". - respondió ella.

"Ten cuidado con lo que dices". - le advirtió.

“Sé escoger mis palabras, no necesito a nadie que las escoja por mí, al igual que no te necesito a ti detrás de mí. No soy una marioneta. Tengo mente propia, y sé tomar decisiones, sé elegir por mí misma. Sé qué es lo mejor para mí. Cometo fallos, pero también sé acertar. Soy fuerte, y soy igual de importante que tú. Por eso no voy a dejar que me subestimes, no voy a dejar que me trates como tratarías a una muñeca. No soy una muñeca. Soy guapa, fuerte y segura de mí misma. La belleza no siempre está en el exterior. Soy mujer, y me siento orgullosa de serlo”. -

Era una mañana como cualquier otra, pero ella nunca volvió a despertar.